

# Reconstruir el consenso social sobre familia

María Loreto Quijada Bascuñán

Abogada y mediadora familiar PUC<sup>1</sup>

Samuel Yáñez Artus

Filósofo, académico de la Universidad

Alberto Hurtado<sup>2</sup>

Trabajar por fortalecerlas no es intentar que todas ellas se constituyan o estructuren de la misma manera, sino cuidar y acompañar todos los diversos vínculos familiares para que sean experiencia de amor, compromiso y comunión, y se extiendan socialmente.

Es fundamental, en un mundo tan conectado y plural, formar familiarmente para el respeto y acogida del otro.

“En el noventa por ciento de cuestiones de la familia estamos de acuerdo, seamos de una ideología, seamos de otra (...). Hay un cinco por ciento de cuestiones de las que estamos en desacuerdo y hay un cinco por ciento de cuestiones de las que no sabemos, que es incierto. Y, sin embargo, vamos pivotando y discutiendo sobre el cinco por ciento en el que estamos en desacuerdo”.

Con estas palabras, el sociólogo español Fernando Vidal invitaba a reflexionar sobre la necesidad de reconstruir el consenso social sobre familia en el encuentro “Re-Trato de Familias”, que tuvo lugar el pasado mes de mayo, a iniciativa del proyecto Crear Familia de la CVX<sup>3</sup>.

La familia es la experiencia más universal que existe, está en el origen y en el corazón de la humanidad. Por lo mismo, tanto en las relaciones que establecemos como en las organizaciones que formamos, nos remitimos constantemente a ella: presentamos a nuestros mejores amigos como *hermanos*, decimos que la nación es *patria* (padre), la Iglesia es la Santa *Madre* o cuando nos incorporamos a ciertas asociaciones hablamos de *afiliarnos*, etc. Sin embargo, a la hora de dialogar sobre la familia, curiosamente preferimos alejarnos de las experiencias (diversas, felices, dolorosas) y quedarnos solo en las ideas.

En el debate público priman controversias sobre el *concepto* de familia (¿cuál es su modelo, qué tipos hay?) y, más recientemente, el foco está en la llamada *ideología del género*<sup>4</sup>. Estos asuntos tienen su relevancia. Pero la insistencia unilateral en ellos tiene como efecto un desenfoque. Se van construyendo murallas entre nosotros y lo que hay que construir son puentes. Atender a las personas y sus experiencias puede ser más auspicioso, una vía más viable para promover los vínculos familiares.

La experiencia de familia, incluyendo las numerosas y variadas vicisitudes familiares que relata la Biblia, habla de una larga búsqueda, de un peregrinaje, de encuentros y desencuentros tan diversos como personas y situaciones existen. No hay fórmula que se pueda aplicar a todos por igual. No hay un punto de partida homogéneo; tampoco son homogéneas las trayectorias. Sin embargo, el anhelo tiene mucho de común: amar cada vez más y mejor. Es la experiencia de amor incondicional, de entrega sin límites, de aceptación, de perdón, de respeto, de fidelidad, de fraternidad, la que constituye en su esencia a la familia. ¿Acaso no nos reconocemos en esto?

Cuando conversamos desde aquí, desde lo que nos sucede honestamente con nuestros hijos o con la pareja, desde nuestras preocupaciones y gozos, nuestros dolores y esfuerzos, podemos dialogar con más facilidad porque finalmente llegamos a territorios comunes. La experiencia de familia pertenece a la vida de todas las personas y constituye una fuente de sentido principal.

Trabajar por fortalecer la familia, en consecuencia, no es intentar que todas se constituyan o estructuren de la misma manera, sino cuidar y acompañar con esmero todo “vínculo familiar” (el de los esposos, el de las parejas de hecho, el de los abuelos y sus nietos, el de los hermanos, etc.) a fin de que pueda ser una experiencia cada vez mayor de amor, compromiso y comunión. Son los vínculos familiares los que se extenderán socialmente. Por lo demás, no es la diversidad lo que hoy atenta contra la familia, sino la desvinculación y la falta de profundidad.

## RECUPERAR LA LÓGICA COMUNITARIA

Vivimos en sociedades mercantilizadas para las cuales la familia constituye un estorbo, ya que, a diferencia de otros tiempos, en poco aporta al sistema. En la época agraria la familia era fundamental, pues contribuía con mano de obra y, por lo mismo, mientras más numerosa era, mejor. En la era industrial aportaba estabilidad, ya que un buen padre de familia solía mantenerse al servicio de una empresa por toda la vida. En cambio, hoy tener hijos, esposa o esposo, etc. implica pensar en jornadas laborales más cortas, pre y post natal (de la madre y del padre), vacaciones, permisos para ausentarse del trabajo por una actividad escolar o enfermedad de los hijos, por citar algunos ejemplos. En el fondo, significa distraer a los sujetos de las actividades productivas y consumidoras.

La lógica predominante es el individualismo y sus mejores herramientas, el utilitarismo de las relaciones y la desvinculación, pues mientras menos tengamos que ver con el otro, mientras menos nos importe lo que le sucede o, peor aún, mientras él solo nos interese por lo que nos da circunstancialmente, la cultura hegemónica queda a resguardo.

Recuperar la lógica comunitaria que está en la base de la familia es fundamental, porque, si bien la familia puede sobrevivir en cualquier tipo de sociedad, no toda sociedad es compatible con la familia. En consecuencia, debemos trabajar también por construir sociedades capaces de ponerla al centro de todas sus acciones, desde lo más íntimo del hogar hasta lo más abierto de la cuestión pública. Crear “sociedades familiares” dispuestas a cuidar los vínculos y a cuidar todo aquello que le es inherente (educación, salud, vivienda, etc.). Sociedades donde se propicie el diálogo y la cultura del encuentro a la que se ha referido el Papa Francisco en reiteradas oportunidades. Donde los vínculos sean lo central y las relaciones entre las personas se funden en valores como la confianza, la solidaridad, la cooperación, la reciprocidad.

Es la experiencia de amor incondicional, de entrega sin límites, de aceptación, de perdón, de respeto, de fidelidad, de fraternidad, la que constituye en su esencia a la familia. ¿Acaso no nos reconocemos en esto?

\*\*\*

Recuperar la lógica comunitaria que está en la base de la familia es fundamental, porque, si bien la familia puede sobrevivir en cualquier tipo de sociedad, no toda sociedad es compatible con la familia.

Para provocar este cambio—como señalaba Fernando Vidal— es preciso comprender el verdadero lugar que ocupa la familia en la sociedad y dimensionar su aporte: “La familia no se ve en todo su alcance cuando se considera simplemente de una forma fragmentaria, cuando se la considera una pieza, o una célula, o un bloque funcional de la sociedad. Cuando contemplamos la sociedad como si fuera una gran construcción de lego (...) y hay pequeñas piezas, que son las familias, y vamos sumando. Y eso forma una comunidad, se dice, pero no acabamos de entenderla bien. La familia hay que verla no de una forma funcional, sino de una forma generativa, de dentro afuera. La familia no es una célula, sino la sociedad en su interior”.

En consecuencia, si la familia es una suerte de motor social, si es fuente transformadora, son los vínculos familiares los que deben darle forma a la sociedad bajo su lógica comunitaria. Hay que entender bien esto, pues la lógica comunitaria también puede tender al encierro respecto de otras comunidades. Es fundamental, en un mundo tan conectado y plural, formar

familiarmente para el respeto y acogida del otro.

## HACER DEL DISCERNIMIENTO UN ESTILO DE VIDA

En las últimas décadas se ha hablado y discutido mucho en torno a la diversidad: diversidad de personas, diversidad de familias, diversidad sexual, etc., y probablemente se siga haciendo. Sin embargo, la diversidad en sí misma no es un problema. Por el contrario, más bien suele ser una oportunidad de crecimiento, de mirar y entender la vida desde otra óptica, de salir de uno mismo para abrirse a otras realidades y generar nuevos saberes y puntos de vista. El problema está en la incertidumbre que genera, porque, cuando nos cambian los modelos y nos sacan de nuestros esquemas, tendemos a perder el rumbo y, para evitarlo, solemos aferrarnos a lo conocido.

¿Qué hacer entonces frente a esta incertidumbre, en un mundo que cambia día tras día, rápidamente? La solución pareciera estar en la profundidad, en la capacidad de reflexionar, de saber distinguir lo bueno y liberador, para llegar a la raíz de lo que nos sucede y así buscar nuevos horizontes. Es decir, estamos en época de discernimiento.

En materia de familia el tema no es fácil pues, al habernos acostumbrado a la superficialidad de las relaciones, también nos hemos alejado de nuestras propias emociones (de nuestro propio sentir) y nos cuesta conectarnos y procesar esa experiencia vital, íntima y profunda, para lograr identificar lo fundamental. Es más, tal vez en esa misma incapacidad de sentir la experiencia de familia esté la causa más profunda de la dificultad para transmitir a las siguientes generaciones su valor y belleza.

Urge entonces comenzar a entrenarse para saber bajar a las profundidades de la vida, para conectarnos con lo que nos pasa y les pasa a las personas cuando hablamos de familia, de “sus” familias. Pensar desde la experiencia concreta de la gente, hacer del discernimiento un estilo de vida. **MSJ**

1 Coordinadora del Proyecto Crear Familia y del Taller El Re-Loj de la Familia de CVX Chile. Coordinadora de la Pastoral Familiar del Colegio San Ignacio El Bosque.

2 Coordinador del Círculo de Estudio sobre Sexualidad y Evangelio del Centro Teológico Manuel Larrain. Integrante Proyecto Crear Familia de CVX Chile.

3 Puede verse la entrevista a Fernando Vidal publicada en Mensaje n° 659, de junio de 2017, o en [www.mensaje.cl](http://www.mensaje.cl)

4 Si por “ideología” se entiende un conjunto de ideas sobre algo que orienta la acción, entonces lo que hay es una diversidad de ideologías de género, con distintos fundamentos teóricos y orientaciones.